

**STAR WARS**  
**THE**  
**MANDALORIAN**

**LA NOVELA**

Adaptado por Joe Schreiber

Basada en la serie de Jon Favreau  
Escrita por Jon Favreau, Dave Filoni,  
Christopher Yost y Rick Famuyiwa

Planeta  
Junior

© & TM 2021 LUCASFILM LTD  
www.starwars.com  
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Título original: *The Mandalorian Junior Novel*  
Título en español: *The Mandalorian. La novela*  
Textos: Joe Schreiber  
Traducido por: Gloria Estela Padilla Sierra

Primera edición en formato epub: abril de 2021  
ISBN: 978-607-07-7537-6

Primera edición en México: abril de 2021  
ISBN: 978-607-07-7448-5

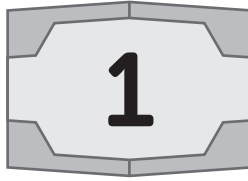
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

# CAPÍTULO




—Esta es mi recompensa mejor valuada —aseguró Greef Karga.

Desde su lado de la mesa, el mandaloriano le devolvió la mirada. Nunca quedaba claro si Karga decía la verdad completa. En su papel como agente local del Sindicato de Cazarrecompensas, esparcía verdades a medias, rumores y mentiras descaradas, de la misma forma que utilizaba los créditos imperiales y los pucks de recompensa: como herramientas para mantener un equilibrio incómodo y siempre cambiante entre los cazadores con los que trabajaba y los individuos sospechosos a los que servía. No era nada personal, solo negocios.

—Enséñame el puck —exigió Mando, refiriéndose al pequeño dispositivo holográfico que contenía información sobre la presa.

—Sin puck. Cara a cara. —Karga hizo una pausa—. Comisión directa. Es un pago considerable.




El mandaloriano no estaba sorprendido. A menudo, los trabajos más redituables llegaban con la menor cantidad de información, casi siempre para protección del cliente, que no quería que sus asuntos se volvieran públicos.

—¿Es ilegal?

—Lo único que sé es que no existe código de cadena —contestó el otro sin preocuparse por ocultar su impaciencia—. ¿Quieres el vale o no?

El mandaloriano lo tomó. En realidad, nunca lo había dudado. Incluso para un cazador experimentado como él, cuya reputación le precedía, las opciones eran pocas desde los mundos del Núcleo hasta el Borde Exterior. Luego de la caída del Imperio, la galaxia parecía haber perdido el rumbo. Había poca estabilidad económica o ley, y si la promesa de paz y prosperidad de la Nueva República llegara a consumarse, tardaría en arribar a un planeta lejano como Nevarro. Ahora, en estas calles y en otras mil parecidas, los contrabandistas y ladrones, los caciques y rufianes locales, conducían sus negocios entre las sombras y, a veces, a plena luz del día. Era cada vez más frecuente que la delincuencia floreciera, pero, para los cazarrecompensas, los criminales mismos valían cada vez menos.

Mientras avanzaba por los callejones en camino a conocer a su nuevo cliente, Mando pensó en el futuro inmediato: su nueva tarea y la siguiente, y la que vendría después. Incontables rostros y planetas olvidados, cuyos nombres se reducían a los créditos pagados y debidos. Esos objetivos formaban una cadena en sí misma, un interminable



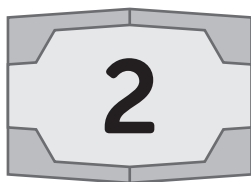
caudal de presas que se extendían hacia un futuro incierto. El sindicato esperaba que los cazadores trajeran sus presas sin hacer preguntas, y olvidarse de ellas con la mayor rapidez posible era parte de la profesión, lo cual, para el mandaloriano, era más que adecuado. Ya tenía muchas cosas que no podía olvidar.

El rugido de las explosiones, los rostros aterrorizados de sus padres, brillantes por el sudor, mientras corrían con él por las calles y todo su mundo se caía a pedazos detrás de ellos en la Gran Purga. Todo era aún vívido y estremecedor. Y más allá de todo eso, estaba el código.

En algún punto entre la oscuridad del pasado y la vaga confusión del futuro, la ruta misma seguía siendo clara. A donde quiera que fuera, las habilidades y fortaleza de los mandalorianos le proporcionaban una vía, un destino siempre eterno.

El camino así era.

# CAPÍTULO




—Greef Karga dijo que vendrías.

Mando se paró frente al cliente y dejó que el silencio los envolviera. Para ser una supuesta casa de seguridad, la habitación no se sentía así. Al entrar, lo rodearon cuatro stormtroopers, iban vestidos con sus armaduras polvosas y llenas de cicatrices de batalla, y con blásteres en la mano. Al igual que el Imperio al que sirvieron alguna vez, los troopers fueron despojados de su autoridad oficial, pero no de su aspecto amenazante. Ahora trabajaban, peleaban y mataban en nombre del mejor postor.

—¿Qué más dijo Karga? —preguntó Mando.

—Que eras el mejor en el pársec. —Su expresión no cambió. Era un hombre de unos setenta y tantos años, con cabello blanco y un acento que Mando no podía ubicar, pero su porte distinguido sugería una otrora vida como oficial imperial de alto rango—. También dijo que cobras mucho.



No era una pregunta y Mando no se molestó en responder. Se escuchó un tintineo amortiguado mientras observaba que el anciano desenvolvía la suave tela negra sobre la mesa frente a él, y revelaba una placa rectangular y plana de metal que yacía en medio de un forro rojo. A sus espaldas, notó cómo los troopers se inclinaban para ver el objeto de cerca. Ni siquiera ellos podían ocultar su interés en un tesoro como este. El mandaloriano supo su nombre de inmediato.


—¿Beskar?

—Esto es apenas el pago inicial —apuntó el cliente—. El resto te estará esperando cuando entregues al activo.

—Vivo —añadió el hombre ansioso con anteojos que estaba parado al lado. El cliente lo había presentado como el Doctor Pershing, y la entrada agitada del sujeto hacía un momento casi provocó que Mando le disparara antes de que el cliente le pidiera que guardara su bláster.

—La evidencia de haberlo eliminado también es aceptable, pero por un pago menor —agregó el cliente, sin preocuparse por reconocer las objeciones titubeantes de Pershing—. Solo soy pragmático, la cacería de recompensas es un negocio incierto. —El anciano esperó para permitir que captara el significado de sus palabras—. El beskar merece regresar a un mandaloriano y es bueno restaurar el orden natural de las cosas después de un periodo de tal desorden. —Levantó la mirada—. ¿No lo crees?

\* \* \*



Estuviera de acuerdo o no, el trabajo era suyo y el beskar también. El cliente le proporcionó el fob rastreador y la última ubicación conocida de su presa. La cacería le aguardaba, pero primero tenía que hacer una última parada.

Atravesó el umbral oculto y bajó por los escalones hacia la frescura y familiaridad de las sombras que le esperaban. La fundidora de la armera estaba en la base de un tramo de escaleras que bajaba a las profundidades, escondida de las miradas de los enemigos que habían llevado a su secta a ocultarse bajo la superficie. Era un lugar secreto cuya ubicación estaba cuidadosamente protegida. Aquí, entre la penumbra, el círculo constante de llamas azules ardía de manera resplandeciente, y el tintineo del martillo de la armera proporcionaba una especie de latido propio a la oscuridad.

La armera y él intercambiaron un movimiento de cabeza como saludo, y cuando Mando le entregó el beskar, ella no respondió de inmediato.

—Esto lo recolectaron en la Gran Purga, es bueno que haya regresado con la tribu —señaló. Luego, miró al mandaloriano—. Sería conveniente una hombrera. ¿Ya se reveló tu sello?

—No.

—Pronto. —Mientras la mujer fundía el beskar en el crisol y el metal derretido corría por una serie de depresiones hasta llenar el molde, su voz se volvió un poco más amable—. Esto es muy generoso, los sobrantes patrocinarán a muchos huérfanos.





–Eso es bueno –afirmó Mando–. Alguna vez yo lo fui.

–Lo sé –respondió la armera, y no hubo nada más que añadir a la conversación.

En poco tiempo, el mandaloriano ya estaba en camino.



# CAPÍTULO



## EL RAZOR CREST ERA SU HOGAR.

Aunque otros podrían mirar la cañonera y ver un simple medio de transporte o escape, el mandaloriano sabía que el *Crest* era su refugio y protección, casi como una extensión de la armadura y casco que lo protegían. Mientras programaba la computadora de navegación con las coordenadas que le había dado el cliente, sintió cómo el rugido familiar del encendido de los propulsores tomaba más fuerza y atravesaba hasta lo más profundo de la estructura de la nave al momento de separarse del puerto espacial y, con una leve inclinación, salía volando al espacio.

En muchos sentidos, la persecución de su presa siempre era igual. Solo era cuestión de tiempo para que regresara a Nevarro con el botín a cuestas para obtener lo que se le debía, y todo el proceso comenzaría de nuevo.

Sin embargo, en esta ocasión se sentía diferente. Tal vez era por haber visto el *beskar* y sentir su peso en las




manos, y por la predicción de la armera de que su sello se revelaría pronto.

La nave voló por un rato, trazando un arco por el espacio, hasta que un faro de proximidad empezó a pulsar en la consola frente a él. Sus sentidos se aguzaron cuando se inclinó para encender de nuevo el modo manual en la navegación. Arvala-7 era el nombre de ese planeta, cuyo paisaje rocoso se extendía ante él con sus cimas áridas y escarpadas, mientras reducía la altitud y empezaba su descenso inicial.

El desierto se elevó poco a poco a su encuentro y luego lo hizo de manera repentina. El mandaloriano extendió el tren de aterrizaje y posó la nave sobre un cañón plano rodeado de colinas de color café rojizo, para luego bajar y caminar por la rampa de abordaje y explorar con la mirada el terreno, mientras el fob rastreador parpadeaba en su mano. Luego de pasar horas dentro de la nave, se sentía bien estar de pie sobre un terreno sólido, aunque la tierra misma se sintiera pantanosa y suave bajo sus botas.

Levantó el rifle para activar la mirilla y se tomó su tiempo para explorar el enorme paisaje abierto, siguiendo la línea del horizonte hasta que localizó un par de criaturas rechonchas de dos patas que deambulaban por la planicie. Esas cosas eran feas de manera casi absurda, con un lomo redondo, y cabezas planas y achatadas como peces primitivos, además de hocicos llenos de dientes que parecían capaces de triturar con facilidad cualquier cosa que atrapasen. Sin duda, de cerca parecían peligrosas, aunque el mandaloriano estaba decidido a mantener su distancia.



Por el momento solo veía un par de ellas. La tercera estaba parada justo frente a él.

La criatura lo atacó con un bramido iracundo. Mando gritó cuando el animal cerró la quijada alrededor de su brazo y lo elevó para luego lanzarlo al suelo. Cuando logró liberarse y dispararle con su lanzallamas, la bestia lanzó un chillido y lo soltó apenas el tiempo suficiente para que se diera cuenta de que solo había logrado enfurecerla. En unos instantes llegó otra criatura igual y con seguridad lo habría rematado de no ser por el dardo tranquilizante que de pronto la hizo caer.

Levantó la vista y vio que otra de las criaturas se inclinaba con pesadez al frente. A diferencia del resto, esta llevaba un jinete, un ugrnaught con visores y casco de piloto que no pareció sorprendido de encontrar a un mandaloriano tirado en el suelo con la pierna atrapada debajo de una de las bestias. Mando asintió hacia los dardos tranquilizantes clavados en la piel de las criaturas.

—Gracias.

El ugrnaught lo observó un momento; su mirada era la de alguien que estaba acostumbrado a pasar sus días en soledad.

—Eres un cazarrecompensas.

—Sí.

—Yo soy Kuiil —afirmó—. Te ayudaré.

«No te pedí ayuda», pensó Mando, pero el ugrnaught ya había asentido.

—No se hable más.